

LOS GRUPOS

ECONOMICOS, SIMBOLO

Domingo Alberto Rangel

El capitalismo ha sido un régimen pródigo en poderosas ficciones. Desde la sociedad anónima, creada por los juristas del Derecho Mercantil en la Italia del siglo XVI, hasta los modernos "holding trusts" del Derecho sajón, la historia de las sociedades occidentales arroja un constante esfuerzo por disimular y al mismo tiempo hacer más eficaces las combinaciones del capital. El problema del aglutinamiento de los capitales en combinaciones más vastas que el simple peculio de un individuo sólo podía resolverse mediante la impersonalización de las empresas. Creando el fetichismo de las personas jurídicas, cada vez más refinadas, era posible acopiar capitales porque así se esfumaba la impronta del sujeto rector de las fortunas en las aventuras económicas de la más diversa índole. La sociedad anónima primero y las múltiples formas organizativas que la han sucedido, obedecen a esa necesidad de borrar la persona física para facilitar la suma de fondos que un capitalismo en crecimiento demanda sin tregua.

Junto con la soberanía popular del Derecho público, la sociedad impersonal del Derecho privado constituye el pilar del capitalismo.

Pero ese largo y tenaz esfuerzo por diluir las personalidades tras el biombo de las sociedades de capital no ha logrado ocultar al individuo como sujeto rector del desarrollo capitalista. Cuanto más afortunada ha sido la creación de compañías, hasta tejer con ellas una alfombra que recubre toda la escena histórica, más grande ha resultado la resonancia de las personalidades en las diversas etapas del ca-

pitalismo. En Italia no fueron las empresas anónimas organizadas en Milán o Florencia, sino los Sforzas y los Medicis quienes sobresalían por encima de aquéllas. La historia del primitivo capitalismo italiano sería algo hueco sin Lorenzo el Magnífico, o algo incompleto sin los Sforzas. En última instancia, aquellas compañías inspiraban confianza a los pequeños capitalistas porque detrás de ellas andaba la mano de un poderoso magnate.

El capitalismo resulta así una como empresa familiar en que determinados troncos consanguíneos concentran y dirigen todos los procesos. Ninguno de los sistemas de producción alcanzó en la historia a darles este sitio a las familias. En las sociedades antiguas y en la Edad Media fueron los individuos los rectores de las distintas fuerzas. En el capitalismo moderno, desde el siglo XVI, sigue siendo el individuo, pero ahora acompañado de su grupo familiar. Hoy se habla de los Rockefeller o de los Rothschild como si fuesen una entidad inseparable en la cual se disimulan los sujetos que la componen. Ese juicio es correcto. Los imperios de Rockefeller o de Rothschild son el fruto de familias en cuyo seno se resume la personalidad de sus empresas e iniciativas. La diferencia entre el capitalismo y los regímenes que le precedieron radica, en este aspecto, en que ahora es imposible para un solo individuo normar las combinaciones que va formando el capital. La fortuna más sólida de Roma podía ser dirigida por Lúculo u otro cualquiera de los potentados que allí surgieron. Hoy son países enteros y, más recientemente, continentes y áreas vastísimas las que sirven de escenario a la acumulación. El individuo tiende a ser desplazado por el grupo

familiar que en cualquier nación capitalista se entroniza en las palancas de dirección y aprovechamiento del proceso económico.

El grupo familiar no podría tampoco garantizarse el privilegio del comando y del beneficio si el capitalismo no hubiese creado medios que, haciendo más fluido el capital, permitiesen poner bajo el control de pocas personas la masa de los recursos de la colectividad. Esa es la función del capital mobiliario, que junto con las sociedades impersonales entraña uno de los mecanismos eximios del sistema. El capitalismo ha creado los títulos de participación o de acreencia que, con el nombre de acciones, bonos u obligaciones, interponen entre el dueño y los instrumentos del trabajo humano a él pertenecientes un eslabón sutil. El capital de una fábrica son sus útiles e instalaciones lógicamente, así como las materias primas y productos acabados. Pero en el capitalismo, jurídicamente hablando, son las acciones las que constituyen su acervo, las que encarnan tal categoría. Lo mismo cabría decir de los bancos, sociedades de seguros y de todas las manifestaciones de la riqueza. La acción, título mobiliario de propiedad sobre objetos indeterminados que formen el acervo de una empresa, puede guardarse y está sujeta a transacciones en el mercado, como ocurre con el dinero. En la práctica, son pocas las diferencias que existen entre un billete de banco y una acción de una compañía conocida, desde el punto de vista de la posibilidad de guardarlos o de negociarlos rápidamente. Esto lleva a disimular hasta el plano de lo inconcebible la propiedad de las compañías, cualesquiera sean su índole o el sector en que actúan. Como las accio-

DE CONCENTRACION

DEL CAPITAL

nes son generalmente anónimas —es decir, se emiten al portador—, su posesión material es el elemento que confiere la propiedad. Es casi imposible, a veces, identificar a los verdaderos dueños de una empresa, pues ellos mantienen bien guardadas esas acciones y, si así les conviniere, comparecen a las asambleas de accionistas a través de terceros, que son simples mandatarios suyos.

Pero estos trucos institucionales, que ya equivalen a uno de los aspectos básicos del sistema en cualquier país, tampoco diluyen la huella de los individuos o de las familias. El cúmulo de sociedades anónimas que ocultan las personalidades, de bancos integrados en una galaxia financiera, de empresas tenedoras que controlan a otras, y de mecanismos que vinculan a la industria con los institutos de crédito, conduce a determinadas familias. Es en ellas donde reposa toda la clave que explica las infinitas combinaciones, los prolijos nexos, las rebuscadas jerarquías que tienden a darle al capital una dirección pluridimensional, en última instancia. Y quien dice familias está nombrando a los grupos. En la Venezuela de hoy, como en todas las naciones capitalistas de la Tierra, estructura industrial y superestructura de bancos y servicios, unidos todos en una cadena, la economía privada es patrimonio de ciertos grupos que desde sus posiciones mueven y orientan ese agregado profuso. A ellos tenemos que conferirles, analizadas ya la estructura de la concentración y su frontispicio financiero, el papel de protagonistas del drama. Bancos, empresas industriales, sociedades tenedoras, son apenas sus instrumentos, por ellos manejados para darle animación al escenario. El señorío total de esos grupos quizás se expresaría con palabras de Adam Smith, quien, por ser padre del capitalismo contemporáneo, conocía los engranajes del sistema:

“Cualquier miembro del parlamento que apoye todas las proposiciones tendientes a fortalecer el monopolio, no sólo está seguro de adquirir fama de ser muy entendido en cuestiones comerciales, sino también una gran popularidad e influencia entre un grupo social cuyos miembros y ri-

queza le dan gran importancia. Si, por el contrario, se opone a ellos y, más aún, si posee autoridad suficiente para contrarrestarlos, ni la probidad más conocida ni el rango más elevado, ni el haber prestado los más eminentes servicios le protegerán de los más infames denuestos...” (1).

I. - Origen de los grupos económicos

a) POSESION DE TERRENOS

Aun exponiéndonos a los sinsabores, qué pinta Adam Smith en su prosa puritana, hagamos el estudio de los grupos que dominan la escena económica de Venezuela. Empecemos por el origen de esos grupos para después mencionarlos y ubicarlos, como conjunto, dentro de las magnitudes económicas del país. De varias vertientes viene el poderío que hoy se expresa en ellos. La primera es la tierra. La Venezuela en que advino el petróleo era un país de extendidas propiedades rurales. No vamos a describir esa estructura agraria dominada por el latifundio, porque ello constituye ya un lugar común que ni brinda títulos de originalidad ni agrega nada nuevo a lo ya conquistado por la ciencia social entre nosotros. Pero sí permanece en las penumbras de lo inédito el papel que la tierra, rural y urbana, jugó en la formación de algunos grupos que hoy hegemonizan la compleja y sutil maquinaria de nuestro capitalismo.

En la Caracas de los años veinte había inmensos terrenos yermos hacia los cuales se desbordó la ciudad apresurada. El gran auge de las inmigraciones que cayeron sobre ella desde la Venezuela rural y el afán mercantil, ambos oportunamente combinados, produjeron una de las valorizaciones más espectaculares que se ha-

yan dado en la América Latina. Los dueños de esos terrenos incrementaron sus fortunas en el espacio de una generación. De señores tradicionales pasaron a financieros consumados por el dinero, forma primitiva de la acumulación en una sociedad capitalista, que reunieron en sus manos. Ese gran cometido de los terrenos urbanos acompañó también a aquellos que se encontraban en la periferia de las grandes ciudades y que podían servir para proveerle algunos artículos de su dieta. Las tierras de Miranda, Aragua y Carabobo —“hinterland” de Caracas— se convirtieron en valores mercantiles desde el momento en que para sembrar legumbres, frutos o caña de azúcar fueron solicitadas en alquiler por gentes que buscaban la meta del mercado urbano, cada vez más exigente. La renta de la tierra, en este caso el nivel de los alquileres, subió firmemente a lo largo de las décadas que siguieron al reventón del petróleo. Cambió así el papel de aquellas parcelas. Antes proporcionaban la modesta renta de las relaciones semifeudales de producción. Desde el petróleo entraron a servir de fuente de plusvalía, pues los inquilinos de ellas trabajaban la tierra por métodos capitalistas, y la renta que tributaban a los propietarios provenía de una labor no pagada, en el estricto sentido capitalista del

vocablo. El aumento de la demanda de alimentos en la ciudad incrementaba sin cesar los valores monetarios de aquellas rentas.

Cuando Venezuela llega, hacia la segunda guerra mundial, al más conspicuo auge petrolero, ya los dueños de terrenos en Caracas y en su periferia rural más inmediata han amasado la mayor suma de medios líquidos. Imperceptiblemente se han transformado en proveedores de dinero para toda clase de empresas. Esos recursos permiten, como en efecto ocurrió, implantar actividades industriales, controlar viejas compañías o llevar al campo, para tecnificarlo, una porción de tan insigne acumulación. De la ciudad regresan algunos capitales al campo, revocándose así la tendencia de la Venezuela agraria, en la cual aquél era el único manadero de fondos para las operaciones urbanas, a las que se trasladaba por la ley de los costos de oportunidad.

Desde el comercio se crearon también los intereses que, andando el tiempo, se culminarían en los grupos actuales. La actividad mercantil siempre estuvo concentrada en Venezuela. Ya en el siglo XIX eran pocas las grandes casas del tráfico de exportación, esfera fundamental en aquella época. Hacia las postrimerías del siglo XIX, algunas empresas mercantiles de Caracas y Maracaibo habían promovido la formación de bancos, demostrando así un temprano sentido de las exigencias de un capitalismo presentido. Pero la tentativa no dio buenos frutos. Los bancos vivieron una especie de vida vegetativa hasta la década de los veinte, cuando irrumpen plenamente las compañías petroleras. El petróleo ensanchará enormemente el poder adquisitivo del país y brindará al comerciante la oportunidad de mejorar la masa de sus utilidades. Hay dos fenómenos concomitantes. Para el importador —esa función entra a ser la más importante del comercio— los precios de las mercancías extranjeras oscilan poco, porque hasta bien avanzada la década de los sesenta las cotizaciones de todos los productos en los grandes países suben muy discretamente. Pero como en el país hay un incremento de la demanda, puede él introducir recargos en los precios de venta al consumidor nacional. Este último, que está ascendiendo en la escala de los valores sociales, admite el alza de precios porque de todas maneras su nivel de vida no se ve por ello comprometido. Tanto el volumen de la demanda como el precio unitario de las mercancías en el mercado nacional se expanden y suben sin cesar. La consecuencia es la magnificación de la masa de ganancias —volumen de capital retenido— y de la tasa de beneficios. Tres décadas, las que van de 1920 a 1950, son suficientes para que el comercio amase los capitales que le permitan desbordar a otras esferas de la actividad nacional.

Hacia la década del cincuenta ya era evidente que el comercio podía financiar otras actividades porque le sobraban capitales, situación que le resultó imposible en la Venezuela agraria, en la cual no tuvo éxitos. Y como al mismo tiempo ya en esa época había oportunidades de inversión que eran imposibles en el país anterior al petróleo, a las posibilidades se sumaron los incentivos concretos. Con los terrenos almacenados previamente y luego incorporados al torrente mercantil, el comercio constituye el principal origen histórico de los grupos en la Venezuela actual.

b) SUSTITUCION DE IMPORTACIONES

La sustitución de importaciones, desde la segunda guerra mundial, desentraña otra cepa de la cual habrían de brotar ciertos grupos. Toda sustitución de importaciones es, con las deficiencias que pueda tener, un proceso ininterrumpido en cuanto a la acumulación del capital. Cuando se instala —con capitales previamente amasados en la especulación con terrenos o en el comercio— una fábrica para producir un artículo antes importado, se pasa a aquellos rubros que le son conexos. La producción del cemento evoca la de las pinturas, la del dril lleva a la de las sedas. Se va produciendo así una concatenación horizontal en que los intereses capitalistas ensanchan su esfera de operaciones por el camino de la similitud fabril.

Pero hay otro fenómeno, de mayor importancia tal vez. En una segunda fase de la sustitución de importación, la que en Venezuela comienza hacia 1958, se produce una integración vertical. El fabricante de cementos piensa en la obtención y procesamiento del yeso; el de papel, en la obtención de la pulpa. Del producto acabado se pasa a aquellos bienes intermedios o extractivos que constituyen sus insumos. En Venezuela, la sustitución ha dado margen a los dos procesos. Desde sus primeras etapas engendró una integración horizontal de productos concurrentes o similares, que fueron agrupándose en las toldas de unos mismos intereses. Más tarde sobrevino, en algunas ramas fabriles, la integración vertical.

En esta trayectoria histórica juega un papel determinante algo que no podemos dejar en la penumbra. Se trata de las capacidades empresariales. Es conocido el hecho de que las sociedades subdesarrolladas carecen de empresarios aptos porque sus burguesías son muy incipientes y carecen de aquello que Trotsky admiraba en la de Francia: la tradición del dominio. El empresario que por cualquier circunstancia logra sobresalir, adquiere por ello una ventaja incontestable. Dominados por él los secretos administrativos de la industria, la superioridad de que puede disfrutar frente a sus posibles rivales se hace irreversible. Mientras éstos tienen que ensayar, siendo primerizos, aquél que ya ha

arraigado en una actividad industrial se desenvuelve con desenfado en los nuevos campos a que lo llaman sus ingresos. Las combinaciones de fábricas del mismo campo o de campos análogos, que en el capitalismo europeo necesitaron siglos, pueden darse en un país subdesarrollado dentro del espacio de una generación. Entre 1945 y 1960 ya Venezuela tenía industrias con una integración vertical que iba de la actividad extractiva a la obtención del producto acabado; y una integración horizontal que hacía de variados productos de una misma familia el compacto haz de unos intereses. Los grupos encontraron allí, estimulados por las ventajas de la superioridad empresarial, su propicio coto para aparecer o consolidarse.

c) AYUDA FINANCIERA DEL ESTADO

El Estado no ha sido ajeno, por supuesto, a este proceso. El Estado es uno de los factores básicos de todo desarrollo capitalista. Sin él, todo el desenvolvimiento de la acumulación sería imposible. En Venezuela, el concurso del sector público a la formación o consolidación de los grupos ha venido, como en otras latitudes, por la vía de las finanzas. Dos contribuciones ha hecho el Estado entre nosotros. La primera radica en el crédito industrial. Los organismos del gobierno han puesto en manos de las empresas fabriles y de las compañías constructoras e inmobiliarias verdaderas montañas de capital. Véase la Memoria de la Corporación de Fomento o los informes del Banco Obrero para que pueda cuantificarse ese proceso. Años ha habido en que el volumen de los créditos excedió de los doscientos millones de bolívares. La otra contribución ha consistido en la creación por el Estado de una superestructura financiera. El Banco Central, obra del Estado; los bancos hipotecarios, estimulados por el sector oficial; las emisiones de bonos a cargo de organismos públicos y la promoción de empresas como las Entidades de Ahorro y Préstamo y las Bolsas de Valores, han facilitado la labor del capital privado en la órbita financiera. No tendría hoy Venezuela una compleja fachada de organismos financieros de no haber mediado la iniciativa organizadora del Estado y su soplo bursátil en las emisiones de deuda pública. Fue el Estado el que suscribió los capitales para el financiamiento de organismos que parecían dudosos en un primer momento. Al Estado correspondió animar el mercado de capitales, lanzando a él copiosos paquetes de papel negociable en la bolsa. Si algún Estado merece la denominación de Providencia —como lo llamaban, para repudiarlo, los teóricos liberales— es éste de Venezuela, alfa y omega de la acumulación y de la concentración. Al auge de los grupos, sus recursos supieron proporcionarle la ayuda oportuna y la iniciativa estratégica.

II.-Los grupos en la actualidad

Visto el origen de los grupos, en sus manaderos históricos, vayamos ahora a enumerarlos para satisfacer las exigencias de la precisión. Los grupos más importantes de la Venezuela de hoy son:

ACTIVOS (millones de Bs.)	
Vollmer-Zuloaga	3.448
Banco Unión	1.704
Mendoza	1.199
Boulton	409
Polar	315
Delfino	275
Phelps	210
Blohm	190
Tamayo	176
Neuman	98
Domínguez	83
Sosa Rodríguez	78

GRUPOS MAYORES

Antes de enfocar el significado que esos grupos asumen en la Venezuela de nuestros días, como meollo y clave de las clases dirigentes, expliquemos cuáles fueron las razones que nos llevaron a identificarlos y a clasificarlos como formaciones básicas en el firmamento del capital financiero que ya existe en el país. Para estudiar un fenómeno, cualquiera que él sea, es preciso seguir ciertas reglas forzadas. En lo que toca a los grupos hemos adoptado algunas, extraídas ora de la experiencia internacional, ora del proceso específico de Venezuela. Entre nosotros, como en las demás naciones capitalistas, existen grupos mayores y grupos menores, grupos principales y grupos secundarios. El criterio para distinguir las dos categorías sirve, incidentalmente, de pauta en el esclarecimiento de todo el problema. Los grupos mayores reúnen ciertos requisitos que los diferencian dentro del contexto económico-social.

En primer término, hay en ellos una **integración completa** que fusiona en su seno al capital bancario con el capital industrial. Estamos en presencia de un grupo de esa especie cuando, en su ámbito, existe una galaxia de bancos y sociedades financieras de todo orden, junto con empresas industriales, agrícolas o de servicios. En Venezuela surgió, en ese proceso de compactación de elementos financieros e industriales, la empresa productora como paso previo de los grupos, y más tarde sus necesidades de crecimiento forzaron la creación de la superestructura bancaria que les sirviera de timón y de clave. Se invierte así en nuestro país el modelo clásico del capitalismo europeo y norteamericano, donde fueron los bancos los que forjaron la estructura industrial o la aglutinaron bajo la égida de los grupos allí dominantes. Venezuela, por atrasada, pone inicialmente en el puño de lo que lle-

garían a ser sus grupos mayores a un conjunto de compañías industriales o de servicios, y posteriormente estas formaciones adquieren el control de algunos bancos o empresas financieras para disfrutar del indispensable tablero de órdenes que les permita su ulterior desenvolvimiento. Pero como en la suma, donde la colocación de los factores no altera el producto final, así en la formación de los grupos —sea que comiencen en la esfera de las finanzas para ir luego a la industria, o vengan de ésta y busquen luego su estructura financiera— los resultados son siempre los mismos. La desembocadura de todo es la fusión del capital bancario con el capital industrial. Allí radica el primero entre todos los rasgos de los grupos mayores.

Los grupos mayores son aquellos —y así encontramos un segundo rasgo— que **se extienden** por los campos de **variedadas actividades** productivas. En la industria tienen ellos inversiones, tanto en las de carácter tradicional, en las cuales se originaron —cerveza o cemento, por ejemplo— como en las más recientes, que la ciencia económica llama "dinámicas". La profusión en múltiples ramas de la industria es una característica de todo grupo mayor, porque sólo así ejercen sus cabecillas una influencia cabal sobre la economía. En la medida en que más extiendan su ámbito, tanto más grande será su aptitud para captar excedentes, para dominar el mercado y para constituirse en guiones de la acción económica de la colectividad.

Pero los grupos mayores no han de limitarse a una difusión avanzada en las distintas esferas de la industria. A ello deben agregar, para hacerse inconfundibles, la **penetración** en la órbita de los **servicios** que, de la electricidad a la propaganda, forman hoy el más prometedor entre todos los campos de la acumulación del capital. Un grupo que se circunscriba a las finanzas y a la industria "stricto sensu" verá cerrados sus horizontes de expansión. Ello porque el capitalismo de nuestros tiempos no podría crecer como sistema sin la palanca que en él han llegado a encarnar los servicios.

Lejanos están ya los tiempos de aquella economía, un tanto primitiva, en que el capitalismo se limitaba casi a la producción material de bienes. Hoy, junto a ella, se levanta la prestación de servicios incorpóreos, cuya importancia viene alcanzando relieve incesante en todas las sociedades avanzadas. Ese fenómeno se manifiesta, por reflejo, en la sociedad venezolana. Y a él se han encaminado los capitales de los grupos mayores en un movimiento que no se vacilaría en calificar de envolvente, dándole a la expresión el sentido que ella tiene en el lenguaje militar. Los grupos

mayores de Venezuela gozan hoy de una ubicuidad que los hace aparecer tanto en la producción material y en las finanzas —elementos clásicos— como en las ramas de servicios, donde brotan las más brillantes posibilidades.

Los grupos mayores tienen, para merecer tal dictado, **posiciones determinantes** en las ramas económicas, a través de las cuales se ha extendido su organización. Para calificar de mayor a un grupo es necesario, aparte de los rasgos ya enumerados, que sus capitales en una rama y el aporte que en ella proporcionen al producto allí creado, sea decisivo o por lo menos básico. Los grupos mayores de Venezuela tienen, en efecto, categoría importantísima en algunas de las actividades preponderantes dentro de la economía privada. Unos dominan la industria de la electricidad y al mismo tiempo son factores significativos en la estructura financiera. Otros preponderan en la industria del cemento o se reparten el control de la industria de la cerveza. No faltan los que comparten, con exclusión de terceros, las decisiones fundamentales en la industria del papel. O los que intervienen con peso importante en el comercio, o en servicios tan señalados como el transporte aéreo. Cuando veamos en particular el caso de cada grupo mayor, traslucirá con toda su fuerza este rasgo, pues todos ellos gozan de **hegemonía monopolística** —bien mediante un monopolio clásico o a través de las formas del duopolio o del oligopolio— en los predios de una determinada actividad. Y no se trata de actividades secundarias —como la elaboración de jugos o de juguetes—, sino en las arterias vitales de la economía venezolana. Electricidad, cemento, cerveza, alimentos concentrados o papel forman —junto con el comercio y el transporte aéreo— el campo esencial de nuestra economía. Los capitales que allí se han aglomerado exceden con bastante ventaja los de otras ramas mucho menos sustantivas del quehacer nacional.

Finalmente, los grupos mayores son aquellos que, aparte de las particularidades ya mencionadas, tienen **vínculos permanentes y entrañables** con el aparato del Estado. Hoy, más que en el siglo XIX, las finanzas públicas y la política fiscal que les sirve de norte significan el elemento decisivo para la acumulación del capital. Y no sólo en los países subdesarrollados —donde el Estado no puede darse el lujo de ser neutral—, sino aun en las naciones más poderosas del capitalismo. Sin el arancel, el sistema de impuestos, la deuda pública y las inversiones públicas a cargo del presupuesto, sería inconcebible el crecimiento de las fortunas privadas. En última instancia, el oxígeno que permite respirar es el que expele el Estado. Un grupo mayor no puede permanecer alejado del

gobierno so pena de verse incurso en el estancamiento. Si recordamos que la producción industrial es imposible sin el proteccionismo, ya aclararíamos esta circunstancia. Pero si se quiere llegar a la redundancia en las pruebas, mencionaríamos otro elemento que es santo y seña para el éxito. Las inversiones del Estado en obras públicas, o su gasto en consumo, determinan en la Venezuela de hoy —hablamos del país para ejemplificar mejor el caso— la demanda solvente de cualquier actividad productiva. Una baja en los desembolsos de obras públicas sería ruinoso para la industria del cemento. Y una rebaja de la nómina burocrática afectaría irremediablemente a la industria de la cerveza o a las actividades de distribución de vehículos. Para que la política económica establezca el sistema de impuestos, las normas de orientación administrativa y el módulo de gastos más conveniente es imprescindible que los grupos mayores tengan representación en los altos sanhedrines donde el Estado encuentra su brújula.

Entre los grupos que el cuadro arriba inserto menciona, tienen la categoría de mayores los siguientes: Vollmer-Zuloaga, Banco Unión, Mendoza, Boulton, Polar y Delfino.

GRUPOS MENORES

Los restantes grupos pueden catalogarse como menores porque en ninguno aparecen las características esenciales que acabamos de señalar para impartirles la denominación privilegiada. Como podrá advertirse, entre los grupos mayores y los menores no median sólo diferencias en la cuantía de sus activos. Son circunstancias cualitativas, de función, amplitud y desarrollo orgánico las que en definitiva llegan a separarlos en las dos clases enunciadas. Diremos algunas cosas complementarias para acabar este trabajo de nomenclatura. Los grupos menores son generalmente **tributarios o satélites** de los más grandes. Ello se explica. Careciendo de una superestructura financiera y concentrándose en campos limitados de actividad, necesitan de la sombra de los otros para incrementar su acumulación. El grupo Neuman ha tenido que brindarle, por ejemplo, cabida al grupo Mendoza en sus fábricas destinadas a producir insumos para la industria de la pintura. Sosa Rodríguez tiene vínculos de subordinación respecto de Vollmer-Zuloaga y Mendoza en las empresas químicas que ha promovido más recientemente. Blohm es tributario del grupo Polar y del grupo del Banco Unión en varios campos vitales como el comercio y los servicios financieros. Domínguez tiene que acudir a empresas financieras de los grupos mayores a fin de allegar recursos de expansión consagrados a sus fábricas. Hay, como lo evidencian estos datos, un orden de jerarquías perfectamente establecido.

Virtualmente, los grupos menores cumplen una existencia refleja, que se encuentra condicionada por el marco que en torno de ellos ya han creado los grupos mayores. Es un problema de prelación históricas. Los grupos mayores son aquellos que ya se vislumbraban en la Venezuela anterior al petróleo o que, en ella, pudieron crecer con más rapidez hasta alcanzar posiciones predominantes. En cambio, los grupos menores surgieron muy recientemente como tales o, aunque ya palpitasen como germen en épocas remotas, han tenido un desenvolvimiento discreto. En definitiva, estos últimos grupos hallaron una situación ya forjada en cuyo ámbito tenían que evolucionar, aceptando las reglas preestablecidas. Históricamente radica allí la diferencia más sustancial entre las dos clases de grupos, y de ella han derivado los rasgos desiguales que hoy los separan en el plano de las jerarquías. Los grupos menores están condenados por ello a carecer de superestructura financiera propia, a concretarse a una o pocas actividades, vinculadas estrechamente entre sí, a asumir posiciones secundarias en una rama o a copar ramas de escaso peso en la economía y a ejercer una influencia secundaria en la política del Estado. Para Venezuela, donde asoma esa gradación en los papeles, parecen escritas estas palabras: "han sido simultáneos el desenvolvimiento de la democracia y el influjo que los grupos monopolíticos han ejercido sobre los cuerpos legislativos de esa democracia" (2).

SIGNIFICACION GLOBAL DE AMBOS GRUPOS

Ahora vemos la significación global de los aludidos grupos y **sin distinguir entre los mayores y los menores**, en el conjunto de la economía nacional. En primer término, trataremos de descubrir la proporción que representan los activos de los grupos enumerados en el capital existente en Venezuela. Según el Banco Central, los capitales acumulados en Venezuela, fuera del petróleo y del hierro, alcanzaron un promedio de 58.387 millones de bolíva-

res para el trienio 1965-67 (3). Los activos de los grupos, tal como lo evidencian nuestras pesquisas, rayan en 7.957 millones de bolívares. Ello quiere decir que los doce grupos enumerados controlan el 14%, aproximadamente, de todos los capitales que se mueven sobre el escenario venezolano, excluidos los del hierro y el petróleo, que forman la porción integralmente extranjera de nuestra economía. Aunque no se llega a las proporciones características de los Estados Unidos o de Europa, la vía que se abre llevará al mismo desenlace en poco tiempo. La distancia, de todas maneras, no es muy grande. Cifras más concretas así lo establecen. Los valores de renta variables (acciones, fundamentalmente) equivalían en Venezuela, para 1967, a 21.469 millones de bolívares (4). Los activos de los grupos representarían en ellos el 38,4 por ciento, más o menos. En los Estados Unidos, como lo atestigua Víctor Perlo (5), la relación es del 60%, aproximadamente.

Para cerrar este perfil de los grupos en todos los predios de la economía, sobre la cual se recortan, comparemos sus activos con el capital suscrito en la industria fabril. Alcanzaba ese factor a 12.277 millones de bolívares para 1966 (6). Los activos de los grupos encarnan, frente a ese total, el 64,8%.

Sería interesante desentrañar la alícuota que toque a los grupos en otro aspecto esencial de la realidad. Nos referimos a la acumulación del capital. Desgraciadamente, no tenemos datos completos acerca de las ganancias de las empresas controladas o influidas por los doce grupos que, siguiendo nuestro criterio analítico, encontramos en el país. Sin embargo, hay evidencias que, no por incompletas o indirectas, dejan de encerrar algún interés y no deben por ello quedarse al margen de la exposición, como si estuviesen proscritas. Es posible calcular el excedente económico —en el sentido que a tal palabra daba Carlos Marx— que las clases poseyentes captan para sí en Venezuela. Las informaciones del Banco Central permiten establecerlo.

EXCEDENTE IMPUTABLE A LAS CLASES POSEYENTES (EXCLUYENDO PETROLEO Y HIERRO)

(en millones de bolívares)

	Capital existente	Ingreso de la propiedad	Impuesto sobre la Renta	Excedente neto	Tasa de ganancia
1962	48.986	5.130	574	4.556	9,3
1963	50.629	5.367	646	4.721	9,3
1964	52.966	7.078	699	6.379	12,0
1965	55.659	7.606	864	6.742	12,1
1966	58.418	7.587	975	6.612	11,3
1967	61.084	8.083	1.045	7.038	11,5

Fuente: Banco Central, Informes de 1965, 1966 y 1967. Anexos Estadísticos.

Entre los grupos económicos ya descritos, cinco de ellos, Vollmer-Zuloaga, Mendoza, Polar, Delfino y Blohm, obtuvieron en algunas de sus empresas una utilidad de doscientos cincuenta millones de bolívares para 1967 (7).

* * *

DEDUCCIONES Y CONCLUSION

No sería aventurado suponer que los doce grupos en todas sus empresas captaron una ganancia de mil millones de bolívares, que equivaldrían al 12%, aproximadamente, del valor de sus activos. Si así hubiere ocurrido tendríamos que los grupos económicos, con una ganancia de mil millones, embolsan el 15%, más o menos, de todo el excedente que en Venezuela pasa a las clases que poseen vínculos con la propiedad. No estamos en presencia de la concentración de la riqueza que caracteriza a Europa y a los Estados Unidos, pero las realidades venezolanas ya las rondarían. Si no fuere por el Estado, que entre nosotros acumula grandes recursos porque así se lo permite la renta petrolera, los grupos monopólicos del capital privado habrían alcanzado en Venezuela a equipararse, en cuanto a la magnitud de sus beneficios —en comparación con los que tocan al resto de las clases poseyentes—, con sus arquetipos europeos y norteamericanos. La conclusión de este análisis fluye espontáneamente a la pluma: el país pertenece a doce grupos económicos cuyas posiciones señeras y cuyas influencias incontestables sientan la pauta de su vida económica y política.

N. de la R.—Ofrecemos esta colaboración del Dr. Domingo Alberto Rangel. Se trata de unas páginas de una obra suya que ya está en imprenta. Cuando el libro salga al público y lo conozcamos, la revista SIC hará una reseña de la obra completa.

(1) Adam Smith, "La Riqueza de las Naciones", Libro IV, Capítulo II.

(2) Ervin Hexner, "Los Cárteles Internacionales. FCE. México 1951, pág. 179.

(3) Banco Central, Informe de 1967. Anexos Estadísticos.

(4) BCV, Informe de 1967. Capítulo intitulado "Estructura Financiera".

(5) Victor Perlo, "El Imperio de las Altas Finanzas".

(6) Cordiplán. II Encuesta Industrial 1966. Caracas, 1968. Mimeógrafo.

(7) Registro Mercantil del DF, expedientes relativos a empresas de los citados grupos.

¿A dónde va nuestro periodismo?

HERMANA LETICIA

Cuando se tiene la costumbre de mirar cada día dos o tres diarios diferentes, imprescindiblemente llega el momento de detenerse para preguntar: ¿Para qué tanta palabrería vana? ¿Es norma actual definir el valor de un diario por el torrente de palabras que cada página contiene?

Y tras de estas interrogantes, por fuerza se vislumbra la doble concepción o figura del periodista; la del hombre que debe poner sus valores y posibilidades al servicio del bien común, o, al contrario, la del aquel que vacila o se pierde entre los mil trucos que tiende el mundo de hoy a quienes quieren y tienen la profesión de revelar la verdad.

Entre este juego, ante este dilema de ser él mismo o ser un manejado por fuerzas ajenas, el periodista no puede hacer verdadero periodismo, y de allí la disminución de la confianza del lector de prensa el presentimiento de que "el periodista ni es veraz, ni es libre".

Echando una ojeada al ambiente en el cual se desenvuelve su labor, notamos en primer lugar que la prensa, nuestra prensa, no es libre. Nuestros diarios son "hijos de buenas familias" que siguen sus tradiciones y ojalá buenas costumbres...

Las asociaciones a las cuales tiene que estar afiliado el periodista no persiguen intereses gremiales, pues la contienda política no deja lugar a ello. Parece que el éxito y triunfo de una ideología, que hay que conseguir por cualquier medio, fuera la única meta de la vida de estas agrupaciones.

Si a esto se agrega la carencia de verdaderas instituciones eficaces y eficientes donde completar la formación de los ya preparados, el escaso campo de experimentación que existe y la poca acogida de "los nuevos" en los medios de comunicación existentes, es difícil de prever un futuro más feliz.

Jamás en la historia el hombre ha recibido mayor cantidad de información sobre lo que sucede en el mundo a cada instante; ni nunca se le ha incitado con más exigencia a que lo desee o lo busque. La prueba más sencilla es que todos, queramos o no, compramos y leemos los diarios, aunque estemos seguros de que sus páginas sólo agotarán su espacio para mostrarnos la violencia como expresión del Derecho... las debilidades o limitaciones del hombre como sus máximas realizaciones... el dinero y afán de lucro como la última aspiración que vale la pena... la pugna desconcertante entre individuos o bandos que horas antes comulgaban con las mismas ideas...

El periodismo actual, así, ostenta la fuerza de los hechos; se hace expresión del mundo en el cual vive y de la sociedad que lo origina. Pero ¿dónde está la orientación que debe brindar el diario cada día? ¿Dónde la interpretación correcta y sana de estos hechos? ¿Dónde la verdad, sólo la verdad, de tantas mentiras?

Se comprende que en cierto sentido todo esto es inevitable, pero también es cierto que periodismo no es sólo informar. No es sólo destacar el hecho por el hecho, sin tomar en consideración al lector; este múltiple lector que tiene derecho a conocer también la grandeza de nuestro mundo y momento que le aparte del conformismo incorrecto y le invite a su afirmación como hombre.

La HERMANA LETICIA, religiosa catequista, egresada de la promoción "Andrés Bello" de la Escuela de Comunicación de la UCAB.

